

OBSERVO UN RETROCESO DEMOCRATICO

HUBO un tiempo maravilloso en el que todo el mundo dimitía. «Dimite y vencerás», parecía ser la contraseña. Así fue como Barrera de Irímo y su violín alcanzaron el pináculo de la gloria. Había madera. La Asamblea Episcopal le podía al púlpito gótico, y la democracia inorgánica al sistema Goncourt. Había hasta quien presentaba la dimisión tres o cuatro veces, porque los altos

(MEJORANDO LO FUTURO)

organismos no se lo querían creer. De repente el proceso ha quedado en suspenso, y algunos dimitidos que quieren volver, no los dejan. El que fue a Sevilla perdió la silla, y el que fue y volvió, pues nada, que no la encontró. «Es que parecía que ya venían los rojos», se disculpan muchos «ex» llorando como unas magdalenas. «Pero así y todo nuestra trama intrínseca es puro fascio, estamos sólo con lo de la justicia social, y no con la democracia esa». Pero los altos organismos no tragan, como que se saben los principios inalterables de pe a pa. «Nada, nada, ustedes eran más demócratas que San Francisco de Asís, que luchó por los derechos de los lobos de la CGT, de las hienas socialistas y de las víboras lúbricas de Moscú, sin contar los de las cucarachas intelectuales, tipo Azaña». Y los desconsolados «ex», compuestos y sin novio, venga a decir que son fascistas de toda la vida, y a enseñar la documentación. Aquí la que ha acertado es la alcaldesa de Bilbao. Ella sí que sabía que los rojos no llegaban aún. Se ha visto alguno, obispo generalmente, pero la horda, lo que se dice la horda, va a tardar. O sea, en conclusión, que aquí nadie quiere hacer de Guzmán el Bueno

de la democracia. Aquí estamos otra vez con el asunto de la evolución de la unidad hacia su origen, que yo explico en mi célebre libro «Indagación etimológica y diferencias entre la realidad y la corporeidad acústica desde el punto de vista de la trascendencia y otras técnicas para separar la palabra de la cosa» (Mil tomos).

Y así sucesivamente.—LICANTROPO.

